

JAPÓN DE PRINCIPIOS DE SIGLO

Un documento inédito

MARÍA E. OTA MISHIMA

El Colegio de México

EL AÑO PASADO llevé a cabo una investigación en los Archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, durante el cual manejé casi un millar de expedientes que guardan documentos relativos a Japón y a los japoneses en México. Los documentos corresponden al período 1880-1940.

Entre los documentos está uno que se refiere al Japón, escrito por Carlos Américo Lera en el año 1906 con el título *Desarrollo del Imperio del Japón*. Se trata de un informe que Lera envió a Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores, cuando aquél tenía el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Japón. Al parecer remitió otro informe, ya que así lo indica en uno de los párrafos del documento que estamos presentando. Sin embargo, al estudiarse el expediente ese informe no se localizó. Existe la posibilidad de que no lo haya remitido porque no hay acuse de recibo de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Lera es autor de otro escrito publicado en Japón: *Primeras relaciones oficiales entre Japón y España, tocantes a México*. Tokio, 1905, 27 pp.

Carlos Américo Lera, nacido en La Habana, Cuba, en el año de 1855 y nacionalizado mexicano en 1882, inició su carrera en la Secretaría de Relaciones Exteriores como Abogado Consultor cuando contaba veintiún años. Su primer nombramiento fue el de Primer Secretario de la Legación Mexicana en Centro América en 1890, y luego fue designado Encargado de Negocios Ad-Interim. Permaneció en esta zona casi hasta finalizar el siglo XIX, salvo durante

los años entre 1892 y 1894 cuando fue promovido a Italia con el mismo cargo. Regresó más tarde a Centroamérica como Ministro Residente.

Con motivo del retiro de Japón de Mauricio Wolheim, Carlos Américo Lera salió a sustituirlo en calidad de Ministro Residente de la Legación de México en Tokio. Un lustro después, el 1º de abril de 1904, fue promovido como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en el mismo país y meses después se le dio también la representación en China. Representó a México en estos dos países de Asia hasta el año 1907. Antes de trasladarse a Rusia con el mismo cargo fue condecorado por el gobierno japonés con el Gran Cordón de la Orden Imperial del Sol Levante el 19 de abril de 1907. El 3 de julio de 1912 presentaba su renuncia al servicio exterior mexicano para retirarse a la vida privada. Después de vivir un año en París regresó a México en 1913.

Lera, quien vivió casi una década en Japón fue testigo de muchos de los acontecimientos de la época sobre los cuales informó en los documentos que envió a la Secretaría de Relaciones Exteriores. Estudioso serio, de singular talento y aguda visión histórica, describió el mundo y la época que le tocó vivir; su estilo es sencillo, sus conceptos claros y concisos; incluso presagió lo que desde su punto de vista sería el Japón del futuro.

El informe llena toda una época, habla del carácter de los japoneses, continúa con las victorias de Japón sobre China y Rusia, explica las ideas expansionistas de Japón, comenta la acelerada industrialización del país y sus posibles consecuencias en el mundo. Cuando Lera llegó a Japón en 1899, el país hacía apenas tres décadas que había entrado al mundo moderno y cuando en 1906 escribió el informe que presentamos, Japón ocupaba un lugar prominente en el ámbito internacional. La participación de Japón en dos guerras, la primera contra China (1894-1895), la segunda contra Rusia (1904-1905), en las que salió victorioso, había conquistado el reconocimiento de país soberano por parte de Europa, Estados Unidos y América Latina. En el Tra-

tado de paz de Shimonoseki, firmado en el año 1895, como consecuencia de la guerra contra China, se reconoció la independencia de Korea, se anexó a Japón la isla de Formosa y Port Arthur. La Conferencia de paz de Portsmouth, negociada en 1905 de su guerra contra Rusia, otorgó a Japón la supremacía sobre Korea y se le transfirieron los intereses de Rusia en Manchuria.

Japón había logrado a fines del siglo pasado una alianza con Inglaterra y para 1905 la renovaba; a su vez obtuvo, con la revisión de los tratados con los países occidentales, la absoluta igualdad en dos puntos esenciales, la cuestión de las tarifas aduanales y el asunto de la jurisdicción territorial.

Por otra parte, Japón se industrializaba en forma acelerada, la agricultura prosperaba con métodos modernos. La población había aumentado en menos de medio siglo y alcanzaba en 1903 a 46 millones. Las comunicaciones, como el telégrafo, el teléfono y los ferrocarriles, llegaban a todos los pueblos. Su población se educaba y se cultivaba en las artes y las letras.

Carlos Américo Lera, agudo observador, en una parte de su informe refiriéndose a la industrialización dice: "cuando Japón, sin dejar de abastecer el Asia, invada los demás mercados ofreciendo a bajo precio productos similares a los nuestros, el predominio mercantil pasará a Oriente y con él la supremacía política del mundo"... "las primeras víctimas se opondrán sin duda a tan prodigiosa transformación y de su resistencia surgirá el conflicto".

Carlos Américo Lera, *Desarrollo del Imperio del Japón*. Tokio, 1906, 7 fojas. Informe a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México. Topográfico: 15-13-17.

Al margen un sello con el escudo nacional que dice: Legación de los Estados Unidos Mexicanos No. 35, 12 de noviembre de 1906.
El Japón después de la guerra.

El espíritu de orden y de consecuencia que tienen los japoneses y la cordura que prepondera en sus consejos, hacen que lenta y me-

tódicamente y no por saltos busquen siempre las soluciones racionales.

La paz de Portsmouth, que devolvió al mundo el sosiego, dejó al Japón si no arruinado, en la imposibilidad al menos de continuar ejecutando, sin intermisión, el vasto plan de su política exterior. El atropellado afán de unos por monopolizar la celebridad, y la egoísta impaciencia de otros por contentar a su interés, permitieron a los rusos ajustar la paz sin indemnización pecuniaria. Cargado con los gastos de la guerra, el Japón, que sabe esperar, tomó resueltamente el partido que aconsejaba la prudencia, y aplazando la prosecución de proezas militares y de proyectos políticos, fue a buscar en la industria y en la dura lucha comercial indemnizaciones más duraderas, y de más peligro para los medianeros de Portsmouth, que las obtenidas a favor de una contribución de guerra.

La necesidad de poner remedio al menoscabo de la hacienda, de reorganizar el ejército, de rehacer armamentos y acrecentar la marina, con tan patriótica fuerza ha influido en los ánimos, que sin desmayar, antes bien excitado de un nuevo ardor, el Japón guerrero de Port Arthur y de Mukden ha hecho plaza a otro Japón industrial, colonizador y comerciante, competidor formidable que a más de todos los progresos de la industria moderna, posee las primeras materias, cuenta con un trabajo manual abundante, sumiso, inteligente, módico, y así armado se lanza a la conquista económica del mundo. La isla de Formosa, la península coreana, la inmensa Manchuria no bastan ya a su espíritu organizador y comercial. Su impetuosa energía, bien dirigida, se esparce por la China, desborda en Indochina, se extiende a Siam, gana las Filipinas, invade la Australia y llega hasta la América española, decidida a reinar de una a otra orilla del Grande Océano y a reunir el mundo mongólico y el mundo latino bajo el cetro de la industria japonesa.

A ese fin concurren todas las fuerzas nacionales. Las escuelas de industria y de comercio que en 1800 sólo tenían 24 719 alumnos, en 1904 contaban 114 150 y su número ha seguido creciendo hasta el día en la misma proporción. Los más aptos entre ellos van al extranjero, y mientras en él completan su educación comercial: estudian los mercados, examinan con atención los usos, necesidades y preferencias de los consumidores, adquieren relaciones que después conservan escrupulosa e inteligentemente, sirven de agentes a sus escuelas, a los comerciantes y al Gobierno, y por dondequiera que pasan dejan informes, precios y muestras de cuanto produce el Japón. Esta corriente, que de antiguo recibe del Estado vigor y permanencia, ahora tiende a dilatarse y a conglobar los pueblos de origen español en un nuevo y vastísimo circuito.

Un tratado de comercio y navegación con la República de Chile, pendiente desde 1899, acaba de ser ratificado; y acomodándose en todo con sus nuevas miras, el Japón, antes rehacio y puntilloso en las negociaciones, hoy espontáneamente las promueve facilitando los ajustes comerciales con la América del Sur.

Las grandes compañías de navegación que desde Vladivostock hasta Bombay sostienen la preponderancia del comercio marítimo del Imperio, que por Suez ponen a Yokohama en comunicación con la Europa, y por el Pacífico con Australia, los Estados Unidos y el Canadá, ya hoy llevan el pabellón japonés a los puertos lejanos del Callao, de Valparaíso, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, lugares que la geografía y la historia parecían reservar a la influencia comercial europea y angloamericana. Y no es éste un simple ensayo, sino un plan completo y rigurosamente coordinado. A esa línea se destinan buques de doce a trece mil toneladas, y para cooperar a su buen éxito, pronto se enviarán agentes especiales con la doble misión de abrir mercados a la excesiva abundancia de la producción industrial, y de fomentar en esos países la inmigración de obreros y labradores sobrantes en el Japón.

En el corto tiempo que medió desde fines de septiembre de 1905 hasta últimos de agosto del presente año, el espíritu emprendedor de los japoneses ha creado, sólo en los límites de sus islas, 3 896 nuevas industrias, con un capital de setecientos millones de yenes, suma que en los dos últimos meses de septiembre y octubre se ha aumentado con doscientos millones más.

Mientras en el Yalú y en Motienling se batían los soldados, cincuenta mil culis construían en Corea un ferrocarril estratégico de 444 kilómetros, entre Fusán y Seúl. Esa línea se ha prolongado después hasta Euitjyu, ciudad fronteriza distante 483 kilómetros de Seúl, y pronto, atravesando el Yalú, irá a empalmarse con el Transiberiano. Esta vía cardinal que de norte a sur recorre la península, la pone en comunicación con Europa y la China del norte, después de unir por ramales la capital a los principales puertos y ciudades del país. El Japón, además, se ha aproximado por la vía terrestre, no sólo de la capital de Corea, sino también de toda el Asia septentrional y de la Europa. Seis horas de navegación entre Moji, en el mar interior, y Fusán, en el sur de Corea, le bastarán en lo sucesivo para alcanzar los ferrocarriles del continente. Y como el establecimiento de las vías férreas ha coincidido con la introducción de reformas encaminadas a garantizar el producto del trabajo manual, expuesto antes a la capacidad de los mandarines, a organizar la hacienda y modificar el sistema monetario, a difundir la instrucción y remover estorbos morales, a crear la industria y dar impulso al comercio, a instruir la policía y destruir los abusos y el pillaje

arraigados en la administración y en las costumbres; la Corea supersticiosa e ignorante, empieza a penetrar en la vida contemporánea y a aumentar con sus progresos el crédito y la riqueza de sus generadores.

Menos ostensibles, si bien con igual vigor, impera en China la influencia del Japón. El papel de reformador que su bravura y su sangre le habían asignado, y de que logró despojarlo en 1895 la diplomacia de los blancos, le ha sido ya devuelto por el prestigio de la victoria y la aclamación del Asia. Aquí acude en tropel la juventud china de ambos sexos, ansiosa de iniciarse en los misterios de la ciencia occidental: en las escuelas y universidades del Japón se está hoy formando el futuro cerebro de la China.

Las caducas bandas manchús, mogolas y chinas de los "Ocho Pendones", del "Estandarte Verde" y de los "Bravos" se deshacen, y los instructores del nuevo ejército son oficiales japoneses. En los diques de Kawasaki acaban de construirse doce cañoneros que el gobierno chino prefirió confiar al Japón, en perjuicio de sus propios obreros, a encargarlas a los *docks* ingleses de Shanghai o de Hong-Kong. La "Nipon Yusen Kaisha" y la "Shosen Kaisha" cubren con sus buques las costas y ríos de la China, excediendo en importancia a las compañías inglesas y alemanas, que esperaban monopolizar el tráfico. Japoneses son los ingenieros que trazan los ferrocarriles y las grandes carreteras, que dirigen los arsenales y las fábricas; japoneses los industriales que crean en Shanghai fábricas de algodón, en Hanken de jabón y de fósforos; de vidrio, de tejidos y de papel en diversas provincias del Imperio; japoneses los hacendistas y comerciantes que, asociados con chinos, han fundado un Banco chino-japonés y recobrado el ferrocarril transmanchú; japoneses los hombres de Estado que inspiran a la Corte de Pekín ideas de tolerancia, de justicia social y de libertad política; japoneses, en fin, los profesores, bonzos, médicos y agentes de todo género que inundan la China y penetran en sus más recónditos lugares, preconizando la excelencia de la civilización occidental bajo la égida privilegiada y exclusiva del Japón.

Y por no excusar diligencia, hasta a los más ingeniosos e indirectos medios recurren los japoneses para ganar las voluntades, extender su influencia y cimentar sólidamente su protectora hegemonía sobre los pueblos de Oriente. Una alambicada y sutil psicología les ha hecho descubrir, en la medicina, la rara virtud de atraer a los pueblos y apoderarse de su confianza y adhesión: quien cuida del cuerpo, dicen, cautiva las almas, quien organiza la materia se adueña del espíritu. Y pasando de la especulación a la práctica, sin perder tiempo se crearon en la Universidad de Waseda dos nuevas secciones: destinada una a los chinos y coreanos que estudian la

medicina a fin de profesarla en China o en Corea; y otra a los japoneses determinados a dejar la propia tierra por otro país del Asia, cuya lengua forzosamente deben aprender. Así apercebidos, más de cien médicos han salido ya de las aulas de Waseda para establecerse en China y en Corea, en Siam, en Australia y en diversas islas del Pacífico.

Durante la guerra, la esperanza de obtener el comercio libre, la *puerta abierta* de Corea y en Manchuria, como riguroso corolario de la expansión japonesa, hizo palpitante de gozo a los traficantes ingleses y angloamericanos, creadores del imperialismo mercantil. A esa puerta, que cerraba la obstinación rusa y que prometía abrir el heroísmo japonés, se agolpaba ya la turba inconexa de viajeros de comercio, impaciente de la tardanza en propagar la civilización y contribuir al progreso del Asia con la venta usuraria de sus mercancías. El Japón triunfante ha cumplido escrupulosamente su promesa: a costa de doscientos mil cadáveres y de tres mil millones de yenes, la puerta arrancada de sus goznes, ha dejado el paso enteramente libre: ¿por qué no entra ahora la multitud que tan impacientemente esperaba?

Detenidos por una doctrina de cuarenta siglos, idéntica a la de Monroe, y ahuyentados por la competencia comercial, lejos de entrar, esos hombres regresarán con sus granjerías a las lonjas de Occidente, para renunciar allí a la secular expoliación del Asia y congregarse contra el peligro amarillo. Hoy, evidentemente, las hordas de Gengis Khan no volverán, como en otro tiempo a franquear el Ural y a derramarse en Europa; pero cuando la industria japonesa, acrecentada con la producción china, sin dejar de abastecer al Asia, invada los demás mercados ofreciendo a bajo precio productos similares a los nuestros, el predominio mercantil pasará al Oriente, y con él la supremacía política en el mundo.

Las primeras víctimas se opondrán sin duda a tan prodigiosa transformación y de su resistencia surgirá el conflicto de que trataré en un próximo informe.

Renuevo a usted el testimonio de mi respetuosa consideración.

CARLOS A. LERA (*firmado*)

Al señor Ministro de Relaciones Exteriores, México.